

## **JUAN GUITERAS GENER**

**Por:**

**Dr. ALBERTO RECIO FORNS**

Esta institución, magnífico exponente de nuestra cultura, persistiendo en su propósito de rendir homenaje a quienes de algún modo han contribuido, o contribuyen al engrandecimiento de la patria y que han pasado o pasan por la vida dejando luminosa estela, me ha conferido un gran honor al designarme para recordar la obra fecunda y meritísima del doctor Juan Guiteras y Gener.

Atribuyo este privilegio, que mucho agradezco, únicamente a la circunstancia de haber tenido la suerte de recibir sus enseñanzas, de haber laborado a su lado durante muchos años y de haber merecido su afecto. Y es una oportunidad que aprovecho, para ofrecer al maestro no olvidado, el testimonio de mi devoción a su memoria.

No es posible por lo extenso relatar en este acto la labor profesional, científica y social del doctor Guiteras. Difícil tarea que, por otra parte, ya ha sido brillantemente cumplida por José A. López del Valle, Jorge Le-Roy, Emilio Roig, Octavio Montoro, Elisa González Tovar, César Rodríguez y otros ilustres panegiristas. Es preciso, sin embargo, referirla a grandes rasgos y para mejor comprender el talento, el carácter, las virtudes e innumerables méritos de aquel gran cubano, referiremos algunas anécdotas imperecederas en nuestro recuerdo.

Fijan todos sus biógrafos, el día 4 de enero de 1852, en la ciudad de Matanzas, cuna de tantos hijos prominentes, como la fecha y lugar de su nacimiento.

Nosotros le conocimos por primera vez en las aulas universitarias en 1904, siendo catedrático de Patología General y de las

Enfermedades Intertropicales. Era de estatura mediana, vestía sencilla, pero pulcramente; su rostro con bigotes y barba blanca, cabellos canos y ojos pardos prematuramente gastados, manos finas, palabra suave, modales delicados y expresión severa. Su porte, en conjunto, nos infundió desde el primer día el más profundo respeto. Contribuía a ello, también, la admiración que sentíamos por lo que conocíamos de sus antecedentes, pues ya su prestigio había trascendido al dominio público.

En efecto, procedía nuestro profesor de una ilustre familia de pedagogos, literatos, historiadores y filósofos nacionales. Fueron sus padres, don Eusebio Guiteras, el autor de los libros en que aprendimos a leer y doña Josefa Gener, distinguida dama de la más elevada alcurnia y sus tíos don Pedro, Juan y Antonio Guiteras, también como su padre educadores de renombre, discípulos del ilustre José de la Luz Caballero, y directores del colegio "La Empresa".

Iniciada su educación en aquel famoso colegio, se graduó de bachiller en 1867. En 1868 estudió en la Universidad de La Habana las asignaturas de Ampliación de la Medicina, recibiendo las lecciones de don Felipe Poey, y en 1869, hostigados sus padres por las autoridades españolas, a causa de sus ideas políticas, emigró con ellos a los Estados Unidos, continuando allí sus estudios en la Universidad de Pensilvania, donde se graduó de Médico y Doctor en Filosofía en 1873, obteniendo su primer triunfo al ser premiada su tesis del doctorado. En ese año, ingresa como interno en el Hospital de Filadelfia, ascendiendo después, a médico de visita.

La sagacidad clínica demostrada en el ejercicio de sus funciones en el hospital, su espíritu de observación y estudio demostrado en numerosas publicaciones sobre variadas materias y principalmente sobre enfermedades del corazón y aparato circulatorio, y sobre patología del hígado y de los pulmones, le conquistaron el honor de ser nombrado instructor de Semiología y conferencista de la Universidad de Pensilvania, llegando a ser considerado como uno de los médicos de mayor reputación en los Estados Unidos.

El Marine Hospital Service, institución civicomilitar de aquella nación, básica de lo que es hoy la gran Organización de los Servicios de Salubridad Pública, reclamó sus servicios en 1879, viéndose obligado a resignar su cargo en la Universidad, para dedicarse por completo a la Epidemiología y el estudio de las llamadas enfermedades tropicales.

## CONTEMPORÁNEOS DEL DOCTOR FRANCISCO CABRERA SAAVEDRA 91

Pronto se hizo un gran experto en estas afecciones, destacándose como higienista de primer orden.

El propio año fue con Chaille, Stenberg, Matas y otros, comisionado por el gobierno, para integrar la primera comisión norteamericana que vino a Cuba "a estudiar los problemas relativos al estado sanitario de los principales puertos de la Isla, particularmente de La Habana y Matanzas y el modo de mejorar ese estado sanitario y de impedir el transporte de la fiebre amarilla en las embarcaciones, según expresó el doctor Carlos J. Finlay, en la Academia de Ciencias de la Habana, al hacer la presentación de los comisionados, el día 13 de junio de 1879".

Guiteras tenía en esta comisión a su cargo el estudio anato- mopatológico de las vísceras de los fallecidos por la fiebre amarilla. A él se deben la mayor parte de las preparaciones microscópicas que poseía la comisión, alguna de las cuales cedidas al doctor Finlay, por el doctor Stenberg, secretario de la misma, inspiraron al sabio, según propia declaración, la teoría que más tarde lo condujo a su gran descubrimiento acerca del modo de transmisión de la enfermedad. También fue él el primero en señalar la presencia de la uncinariasis en Cuba.

En tanto realizaba sus trabajos la comisión, no cesaba Guiteras de dar muestras de su saber y de sus condiciones de investigador, por lo cual nuestro máximo organismo científico, la Academia de Ciencias, le nombra miembro corresponsal, el 14 de diciembre, después de presentar un trabajo de ingreso que, a juicio del ponente doctor Raimundo de Castro, revelaba extensos, profundos y variados conocimientos en casi todas las ramas de la Medicina.

Terminadas las labores de la comisión y rendido el informe correspondiente, volvió a los Estados Unidos, para continuar sus actividades en el Marine Hospital Service, y publicó numerosos trabajos sobre la influenza, las hepatitis, las fiebres continuas, fiebre tifoidea y numerosos reportes sanitarios.

Un paréntesis como funcionario, lo trae a Cuba en 1883, para contraer matrimonio con su novia de 20 años, doña Dolores Gener, cuya dulzura y bondad no merecían que el destino se ensañara en ella tan cruelmente al perder a su primer hijo Luis, a los pocos días de nacido, y algún tiempo después ser acometida de dolorosa enfermedad que la invalidó por el resto de sus días.

En 1885, al propio tiempo que ejercía sus funciones sanitarias, en Charleston, es nombrado profesor de Patología y Clínica Médica en la Universidad de aquella ciudad, cargo que cumple al elevar la eficiencia y el prestigio de aquella institución y enriqueció la literatura médica con numerosos trabajos relativos en su mayoría a las enfermedades del trópico; fueron particularmente notables sus estudios sobre la fiebre amarilla y el paludismo y otras enfermedades febriles, sus notabilísimas observaciones basadas en las estadísticas acerca de las epidemias de fiebre amarilla y el magnífico capítulo que sobre esta dolencia, aparece en la *Enciclopedia* de Keating de las enfermedades de la infancia.

En 1889, resigna su cargo en el Departamento de Salud Pública, en el que obtuvo tantos triunfos, pues llegó al grado de *Passed Assistant Surgeon*, uno de los más elevados en la escala de los funcionarios sanitarios norteamericanos, para ocupar la cátedra de Patología General y Anatomía Patológica de la Universidad de Pensilvania, la cual lo comisionó en 1890 para ampliar sus conocimientos en Europa. En Alemania, estudió la tuberculina de Koch —recién descubierta entonces— y recibió las lecciones del propio Koch, así como las de Ehrlich, Virchow, Israelí, Juergens, Weight, Behring, Kitasato y otros grandes sabios profesores del siglo pasado.

De regreso a los Estados Unidos, bien reforzado el caudal de sus conocimientos, continúa sus lecturas en la Universidad de Pensilvania, enriqueciendo la literatura médica con sus publicaciones. De esta época son sus observaciones sobre el muermo, sobre la leucemia y sobre todo lo concerniente a la fiebre amarilla, entre los que se destaca como trascendental el titulado "La Fiebre Amarilla considerada como enfermedad de la infancia en los focos antillanos" (1894), donde se explica la inmunidad de los nativos adultos por haber sufrido ataques de la enfermedad, no diagnosticados, en la infancia.

Cuando los grandes proceres de nuestra independencia, dirigidos por el apóstol Martí, hacían los preparativos para la Revolución del 95, Guiteras que había asimilado casi desde la infancia la educación norteamericana, que admiraba y sentía el ambiente de libertad que se disfrutaba en el gran pueblo en que residía, era partidario de la separación de Cuba del gobierno de la metrópoli, cuyo repudio había heredado de sus antecesores, pero temiendo que en su patria, una vez libre, se iniciara la catastrófica etapa de conmociones políticas y sangrientas revoluciones que padecieran consecutivamente a su independencia la mayoría de nús-

### CONTEMPORÁNEOS DEL DOCTOR FRANCISCO CABRERA SAAVEDRA 93

tras hermanas repúblicas latinoamericanas, abogaba por la anexión de la isla de Cuba a los Estados Unidos y así lo consigna francamente en carta que dirige al doctor Gonzalo de Quesada y Miranda. Sin embargo, una vez iniciada la contienda en el año 1895, se incorpora a la causa, decidida y eficazísimamente. A este propósito transcribo el párrafo que le dedica en su monografía el doctor Emilio Roig y que dice así: "Esta actitud anexionista, fue rectificada bien pronto por el doctor Guiteras, pues le vemos, pocos meses después y durante todo el período de la guerra, actuando como Presidente del Cuerpo de Consejo y Subdelegado del Gobierno Revolucionario Cubano en el Estado de Pensilvania y como Presidente del Club "General Carrillo" con arreglo a las Bases del Partido Revolucionario Cubano, según cuenta "Patria" en 12 de febrero de 1896". Encontramos en el Archivo de la Delegación Cubana de Nueva York, publicado en parte en el volumen titulado *La Revolución del 95 según la correspondencia de la Delegación Cubana de New York*, editado por el doctor León Premelles, abundante e interesantísima correspondencia mantenida con don Tomás Estrada Palma, delegado del Partido Revolucionario Cubano, sobre asuntos de la revolución, y hallamos por último que el mismo Estrada Palma, en informe general al gobierno, de mayo 20 de 1896, declara que en su actuación en Washington, cerca de los funcionarios del gobierno y del Congreso, en demanda de la declaración de beligerancia en favor de los cubanos alzados en armas fue "ayudado" eficazmente por el noble patriota "doctor Juan Guiteras". Y cuando en 1898, los Estados Unidos declararon la guerra contra España, Guiteras junto con el gran Finlay y el doctor Aristides Agramonte, se incorporó al ejército que dirigido por el general Shafter, desembarcó en Santiago de Cuba. Estuvo en el mismo, con el grado de Comandante Médico Militar del Estado Mayor y sus servicios como experto en fiebre amarilla fueron de incalculable valor en la lucha contra la epidemia de dicha enfermedad que se desencadenó entre las tropas acampadas en Siboney.

Terminada la guerra, en 1899, cumplida su misión patriótica en el ejército, se traslada a Europa para ampliar sus estudios de Medicina Tropical con sir Patrick Manson, el famoso gran especialista inglés descubridor de la transmisión de la filarisis por el mosquito, y visitó después, las clínicas de París y estudió el paludismo con el profesor Grassi, de Roma, quien, a su vez, había demostrado la trasmisión de esa enfermedad en el hombre, por el mosquito "Anopheles" en 1898.

Ni la estimación, el respeto y los honores conquistados por el profesor de Patología, cátedra que aún lleva su nombre en la Universidad de Pensilvania, ni la fama que como clínico lograra, y que hubiera servido para adquirir riquezas y bienestar personales en aquel país, fueron suficientes para contrarrestar su vehemente deseo de volver a la patria libre y de contribuir a la organización de nuestra república. Por eso, renunció a su posición y vino a Cuba en el año 1900.

Así fue designado por el Gobierno Provisional de entonces profesor de la Universidad, colaborando intensamente en la reforma del plan de estudios de la Facultad de Medicina. Deseando cumplir todas las leyes vigentes, para poder ejercer su profesión en Cuba, una de sus primeras gestiones fue la de solicitar la convalidación de su título de Doctor en Medicina de la Universidad de Pensilvania, en la nuestra, lo que logra el 29 de enero de 1900, después de haber realizado brillantemente los ejercicios requeridos por el reglamento universitario.

Poco tiempo después, también procede al cumplimiento de las pruebas previstas en los estatutos universitarios, para ocupar la cátedra que interinamente desempeña. Daba Guiteras sus lecciones al dictado en párrafos cortos y términos sencillos, pues detestaba la oratoria ampulosa y la palabrería inútil. Todavía conservamos aquellos cuadernos que en pocas páginas contienen los conceptos que usualmente en los libros llenan un capítulo. Pronto, como profesor figuró, entre aquellas lumbreras que honraban al claustro de la Facultad, en los primeros tiempos de nuestra independencia política, que tanto elevaron el prestigio de la Universidad y de las Ciencias Médicas de Cuba.

Sus dotes de organizador, su experiencia en las universidades norteamericanas y sus condiciones morales le merecieron el respeto de profesores y alumnos, siendo elevado al decanato de la facultad en 1905. Por otra parte, el nombre de Guiteras como clínico era bien conocido y lo mismo que en los Estados Unidos, en Cuba pronto habría disfrutado de una clientela selecta, pero su afición a la medicina preventiva lo desvió hacia el campo en que había de alcanzar si no bienes materiales, un tesoro de merecimiento y universal renombre.

En 1900 había seguido con el mayor interés los famosos estudios y experimentos de la tercera comisión norteamericana, nombrada para el estudio de la fiebre amarilla y cuyos resultados

## CONTEMPORÁNEOS DEL DOCTOR FRANCISCO CABRERA SAAVEDRA 95

confirmaban el descubrimiento de Finlay y había sido nombrado por las autoridades norteamericanas Presidente de la Comisión de Expertos en fiebre amarilla y director del hospital "Las Animas" para enfermedades infecciosas, al año siguiente.

No satisfecho completamente con el resultado de los experimentos de la comisión norteamericana que, a su juicio, no había perseguido el objetivo fundamental de Finlay, el cual no era otro que el de provocar la inmunidad por medio de un ligero ataque de la enfermedad, decidió, siguiendo los consejos del sabio, repetir sus experimentos, lo que realizó en la estación de inoculaciones preventivas que organizó en el hospital "Las Animas".

El resultado de estas pruebas, si bien fueron tanto más concluyentes que los de la comisión fue, sin embargo, trágico; en 19 inoculados se produjeron 8 casos graves de fiebre amarilla y 3 defunciones. Fueron los mártires los sirvientes Campa y Carro y la enfermera Clara Luisa Maass, cuyos nombres es justo que pasen a la posteridad y no consigno los nombres completos de estos abnegados voluntarios que se prestaron a las experiencias, porque en los datos del propio Guiteras sólo aparecen los apellidos.

Por cierto, que de aquellas experiencias aún sobrevive Miguez, hoy modesto jardinero en el hospital "Nuestra Señora de las Mercedes", a quien, por mérito histórico, deberíamos admitir entre los miembros de la Orden de Finlay.

Aquel drama experimental pesó sin duda en el ánimo de Guiteras durante toda su vida. Cuando se trataba el asunto, sus respuestas eran muy breves y desviaba pronto la conversación. En 1909 le pedíamos autorización para realizar en el hombre experiencias con una vacuna antitífica y Guiteras, con aquella forma peculiar de expresarse, esquivando siempre afirmaciones o negaciones rotundas, respondió: "Lo que usted pretende es muy interesante, sí, pudiéramos hacerlo, pero más vale que espere que lo hagan otros. Recuerde lo que pasó en 1901". Dos años después, en 1911, cuando tuvo la primera noticia de los éxitos de esta vacuna, en el ejército norteamericano, se apresuró a enviarnos a presenciar las experiencias y a nuestro regreso quedó establecida en Cuba como método profiláctico la vacunación antitífica, que propugnó desde entonces con el mayor entusiasmo.

Guiteras y el mayor William Gorgas, oficial norteamericano que tenía a su cargo el saneamiento de la Habana, en los primeros

años del siglo actual, se hicieron grandes amigos y cuando este último decidió poner en práctica los postulados de Finlay en la lucha contra la fiebre amarilla, este y Guiteras fueron sus mejores consejeros y en el gran triunfo de Gorgas, quien en pocos meses logró erradicar un mal que azotaba a la ciudad desde 20 años atrás, a Guiteras correspondió una gran parte.

Cuando en 1902 se confió a Finlay la tarea de construir el edificio de la Sanidad Cubana, fue también Guiteras su más fiel y eficaz colaborador conjuntamente con aquel grupo meritisimo que constituyó la Junta Superior de Sanidad y Beneficencia y otros eminentes higienistas entre los que figuraban: Enrique Barnet, Hugo Roberts, Diego Tamayo, Antonio Díaz Albertini, Mario Lebrede, José A. López del Valle y otros que iniciaron la época que hoy denominamos "Edad de Oro de la sanidad cubana", en cuyo período se realizaron los progresos más asombrosos, y alcanzó el prestigio de nuestra nación el más alto nivel en materia de Higiene Pública entre los pueblos civilizados.

En 1909, al crearse la Secretaría de Sanidad y Beneficencia, Guiteras ocupa el cargo de Director General de Sanidad, por lo que renunció a la cátedra de la universidad y al decanato de la Facultad, no porque fueran incompatibles sino, según expresa en su carta-renuncia: "porque los servicios sanitarios llegan a tener urgencia tal, que me veo imposibilitado de dar cumplimiento satisfactorio a ambas funciones", dedicándose entonces por completo a continuar y perfeccionar la obra emprendida.

Su actuación como Director de Sanidad, fue de una eficacia insuperable; su sabiduría, su probidad, su rectitud y aquel concepto de la responsabilidad que sabía transmitir a discípulos y subordinados eran admirables.

Guiteras era muy exigente en el cumplimiento del deber, pero era el primero en dar el ejemplo. En el laboratorio "Duque" para investigaciones sobre el paludismo, la fiebre amarilla y otras enfermedades transmitidas por los insectos, creado por su iniciativa en 1909, Guiteras era visita casi diaria. Laborábamos allí el doctor Mario Lebrede, nuestro gran epidemiólogo y parasitólogo, el doctor M. Martínez Domínguez, uno de nuestros más eminentes bacteriólogos, ambos desgraciadamente desaparecidos. Una mañana, eran las 9 menos 10 minutos, cuando entraba yo el primero de los tres en el laboratorio; Guiteras con muestras de gran disgusto me dice: Doctor Recio desde las ocho les estoy esperando. El trabajo comienza a las ocho, repítalo a sus compañeros y se retiró sin más

## CONTEMPORÁNEOS DEL DOCTOR FRANCISCO CABRERA SAAVEDRA 97

comentarios. Naturalmente que en lo adelante en invierno o en verano, la sombra de Guiteras nos obligaba a entrar en el laboratorio a las ocho de la mañana.

Hemos dicho que su forma de expresarse era peculiar. Recién graduado de la universidad, junto con varios compañeros que él tenía señalados nos convocó en el hospital "Las Animas" para ofrecernos plazas de internos. Después de imponernos de las mil ventajas del cargo para médicos principiantes, nos dice: "Lo malo es que apenas podrán en todo el mes salir del hospital, o bien, alguna vez más que otra, o con frecuencia, si quisieran". A pesar de la ambigüedad, todos quedamos convencidos de que no podríamos salir del hospital, sino escapados.

Al reprimir las faltas era muy delicado, pero también inflexible. Uno de sus internos en el hospital, a quien profesaba paternal afecto, cometió una falta grave; él le dice: "Lo ocurrido es muy lamentable, lo he llamado para ver si le encontramos alguna solución, por ejemplo, que usted me presente la renuncia"; y así acabó su internado el compañero.

Su sagacidad epidemiológica era extraordinaria, siendo asombrosa su previsión. En 1902 tiene noticias vagas de que la peste bubónica había alcanzado a las Canarias, a Puerto Rico y a New Orleans, aunque las autoridades sanitarias de aquellas regiones lo negaban, y ordena en La Habana la vigilancia estricta de los barcos que de esos países llegaran, así como de cuanto enfermo sufriera de algún infarto ganglionar, la desratización sistemática de los muelles y el examen bacteriológico de las ratas capturadas, y traduce y publica cuanto estima de interés para ilustrar a los médicos sobre el diagnóstico de esta enfermedad, hasta entonces desconocida en Cuba.

Viene al laboratorio provisto de folletos, libros y láminas, para que aprendiéramos todo lo relativo al diagnóstico experimental y la bacteriología de la peste. De modo que cuando dos meses después fue descubierto el primer caso humano en Cuba, ya estaba completamente organizado un servicio antipestoso, con un personal adiestrado y dirigido por técnicos especialmente preparados.

En aquella campaña contra la peste en La Habana en 1912 y en la de Santiago de Cuba en 1914 alcanzó Guiteras resonante triunfo. En los trabajos de saneamiento crecía su figura, confundiéndose con sus auxiliares y con los obreros. Muchas veces le vimos

calzado como aquellos, con altas botas recorriendo los muelles para mejor vigilar el trabajo de las cuadrillas. También en esa y otras ocasiones, pudimos admirar su alto concepto de la responsabilidad de que anteriormente hicimos referencia.

Luchábamos contra la peste en Santiago de Cuba. En una ocasión hallamos tres casos de peste humana —el marido, la mujer y el hijo— y varias ratas infectadas en una tienda de víveres situada en un camino real a dos kilómetros de El Caney y rodeada de extensos cacahuales infestados de ratas campestras. Como nos pareció inminente el peligro de que las ratas de campo se infectasen, eliminando las esperanzas de dominar la peste en mucho tiempo, como había ocurrido en otros países, decidimos trasladar los enfermos al hospital e incendiar la tienda con todo su contenido. La decisión era, por supuesto, grave y por teléfono se lo comunicamos a Guiteras en La Habana. Aprobado por él lo propuesto, previo aislamiento de la casa para evitar la fuga de ratas, procedimos al incendio en la mañana del segundo día. Contemplábamos la obra del fuego, cuando nos llamó la atención la figura de un anciano que, cabalgando en un caballo moro, se dirigía hacia nosotros lentamente por el camino de El Caney. Júzguese nuestro asombro al comprobar, tan pronto se nos acercaba, que aquel hombre era Guiteras.

Nuestra actuación en Santiago había merecido, al parecer, hasta entonces toda su confianza, pero ante aquella resolución que aun cuando se amparaba en el lema "Salus populi suprema lex" en realidad implicaba allanamiento, extorsión, secuestro e incendio, se impuso su concepto de la responsabilidad, la cual evidentemente quería compartir con sus subalternos, demostrándolo con su presencia.

Salvo la muerte del paciente dueño de la tienda, ocurrida en el hospital varios días después y la indemnización correspondiente, no hubo que lamentar otras consecuencias.

De él aprendimos en aquel tiempo el valor de lo que llamaba, el valor del diagnóstico sanitario de las infecciones, algo así como los indicios de la culpabilidad en materia penal que obliga a las medidas preventivas a reserva de lo que en definitiva resulte.

Y también de él aprendimos, lo que significa la rapidez en la acción y la concentración de todos los recursos disponibles en la lucha contra las enfermedades epidémicas, método totalitario que, por lamentable contraste, también se aplica a la destrucción en breve plazo de las sociedades humanas, pero a cuyo recurso

## CONTEMPORÁNEOS DEL DOCTOR FRANCISCO CABRERA SAAVEDRA 99

se debió que pudiera en pocos meses eliminar del territorio el terrible flagelo que tantos estragos ocasionara en el mundo y que aún se mantiene endémico en casi todas las regiones de todos los continentes.

Guiteras no confiaba nada a la memoria, llevaba siempre en el bolsillo una libretica donde, con letra microscópica, anotaba cuanto pudiera serle de interés. Allí estaba escrito el nombre y la dirección de cada caso de enfermedad infecciosa, las medidas adoptadas, las órdenes tramitadas y muchos otros asuntos en relación con sus funciones. Juzgaba las Estadísticas como algo fundamental en la Ciencia Sanitaria. De ellas se servía continuamente y los datos importantes pasaban a su libretica.

Cuando en 1911, con el doctor Mario Lebrede, publicamos el estudio de 145 casos de poliomiélitis, ocurridos en la provincia de Santa Clara en el año 1909, lo comentó con nosotros en los términos siguientes: "es interesante, pero no fueron 145 casos, fueron 147 y nos enseñó su libretica".

En 1909, los altos prestigios logrados por la república en el orden internacional, como consecuencia de sus asombrosos progresos, así como el respeto y la confianza que enalteciera nuestra organización sanitaria, decidieron al Congreso elevar su categoría de simple dependencia de una secretaría como lo era hasta entonces, a la de Secretaría de Sanidad y Beneficencia, hoy Ministerio de Salubridad y Asistencia Social.

Tal acontecimiento, si bien nos colocaba en un primer puesto en el concierto de las naciones en el orden sanitario, pronto reveló grandes inconvenientes. Los movimientos burocráticos consecutivos a cada cambio de gobierno pronto sembraron la inquietud entre los empleados ya expertos y especializados en las funciones propias de su cargo, viéndose obligados a distraer gran parte de su tiempo a fin de mantener sus posiciones. Asimismo, la influencia de los políticos perturbaba grandemente las decisiones administrativas, sentando cada día morbosos precedentes, que trastornaba profundamente el mecanismo establecido. Esta situación contrariaba extraordinariamente al doctor Guiteras, en cuyos principios figuraban la equidad, la justicia y la disciplina. Aunque poco comunicativo en estas cuestiones, varias veces le oímos comentar desfavorablemente el nuevo régimen y su intención de retirarse del cargo.

En 1916, aprovechando una invitación de la Institución Rockefeller, empeñada entonces, como ahora, en la erradicación total

de la fiebre amarilla del continente americano, visita Panamá, Ecuador, Colombia, Venezuela, Perú, Brasil, Puerto Rico, Trinidad, Barbados, Maracaibo y la Martinica donde realiza importantísimos estudios. Y en 1918, integrando una comisión en que figuraban los generales Gorgas y Noble, el profesor Stokes, el doctor Theiler y los doctores Horn y North, visita y estudia la fiebre amarilla en el continente africano, principalmente en Lagos, Costa de Oro, Sierra Leona, Africa Occidental francesa, Congo belga, Congo francés, Dakar e Islas Canarias. Fue al inicio de este viaje que murió en Londres el eminente general Gorgas, quien presidía la comisión, sustituyéndole entonces en la presidencia el doctor Guiteras.

Entre mil interesantes observaciones expuestas en diversos informes y conferencias de la comisión, quedó demostrado el error del sabio Noguchi, quien atribuyó y casi unánimemente llegó a aceptarse, que un microbio que llamó "Letospira icteroides" era el agente causal de la fiebre amarilla.

Guiteras inmovible en apariencia ante las miserias humanas, albergaba en su corazón los sentimientos más bondadosos. Su ternura para su esposa e hija eran infinitas. A Finlay, cuyas teorías en un principio no aceptaba, una vez convencido, le profesó la mayor devoción. Su admiración y su afecto crecieron a lo imponderable, siendo el primero que salió en su defensa, cuando la gloria del sabio pretendió ser eclipsada. A este propósito escribió: "Si no le creímos, culpa nuestra fue y no de su genio clarividente"; y cuando los fulgores del genio se apagaron en el cerebro de Finlay, él quiso tenerlo a su lado y lo llevó a su casa en el hospital "Las Animas", para brindarle los solícitos cuidados que se prodigan a un niño y hacer menos tristes los últimos días del venerable anciano.

Durante su estancia en Africa, captó la simpatía de un negrito semisalvaje y fue tanta su afección por él que decidió traerlo consigo a su vuelta. Lo llevó a su finca "San Antonio", en Matanzas. Le puso por nombre Johnson, lo habilitó de ropas vistosas y zapatos, trató de enseñarle a hablar, para después educarlo, pero Johnson no perdía oportunidad de fugarse de la casa, para refugiarse en la manigua de donde había que traerlo con los pies desnudos y las ropas destrozadas. Por fin, convencido de que el niño era inadaptable al nuevo ambiente y que no era feliz, desvanecidas las ilusiones que se había forjado en relación con su ahijado, lo embarcó, devolviéndolo a su tribu.

## CONTEMPORÁNEOS DEL DOCTOR FRANCISCO CABRERA SAAVEDRA 101

Guiteras, columna de nuestra sanidad, aunque nunca satisfecho, estaba orgulloso de su obra y de la de sus colaboradores; defendía el crédito sanitario logrado nacional e internacionalmente con el celo, la energía y la valentía que hubiera empleado en la defensa del propio crédito.

Mantenía como principio que en materia sanitaria nada debía ocultarse, porque era el único modo de interesar al pueblo en la lucha contra los males que le afligen; y a él se deben, en gran parte, las reglas consignadas en el Código Internacional, relativas a la declaración de las enfermedades infecciosas, pero no toleraba la noticia errónea, apresurándose siempre a desmentirla, porque él representaba, como dijo en un discurso necrológico mi hermano Alfredo, "la verdad viviente".

Oigamos cómo le respondía a un senador norteamericano que, mal documentado o mal intencionado, difamaba en el Congreso de la condición sanitaria de la República de Cuba: "Ustedes ocultando la existencia de la peste en San Francisco, fueron la causa de que se infectase México. Nos infectaron ustedes a nosotros en 1905 de fiebre amarilla por la lentitud de los procedimientos en New Orleans, y por la misma causa acaban de infectarnos ahora con la peste bubónica de Puerto Rico. Guarde su censura para esos casos y no para los que obrando de conformidad con los tratados internacionales, cumplen con su deber".

A su regreso de la excursión al África a la que ya nos referimos, en 1921, y otra vez en funciones, confronta nuevas dificultades. En varias ocasiones se había manifestado con toda energía en contra de la inmigración de sujetos no deseables, pero los intereses bastardos, incompatibles con los de la salud pública, continuaban contaminando la magnífica organización a la cual había dedicado durante tantos años todos sus empeños, y por ello, inconforme con la tolerancia a este respecto de las autoridades superiores, se retiró del cargo; pero Guiteras no podía fácilmente ser sustituido, porque el crédito de la sanidad cubana estaba íntimamente vinculado a su personalidad, y pocos meses después de su renuncia, en mayo de 1922 fue designado Secretario de Sanidad y Beneficencia.

Sucedió que cuando vino a Cuba, aquel general Crowder, delegado especial del gobierno norteamericano, con el derecho de ingerencia en los asuntos cubanos que le concedía la Enmienda Platt, este hizo una visita al Secretario de Sanidad, demandando autoritariamente cierto informe de orden interior; el doctor Guite-

ras le dio fin a la entrevista negándose a responder a toda encuesta que no fuera oficialmente tramitada por conducto de la Secretaría de Estado, digna actitud que le granjeó la enemistad del soberbio interventor.

Varios meses después de este incidente, una mañana tuvimos noticia, de fuente insospechable, de que la destitución del doctor Guiteras había sido incluida entre las de otros secretarios venales y desacreditados, en la crisis del Gabinete que mister Crowder había provocado. Con la autorización del informante, en el tiempo más breve posible, acudimos al doctor Guiteras para darle cuenta de lo que me había enterado. Me contestó secamente que todo eso eran insidias, que él acababa de regresar de Palacio, que la confianza le había sido plenamente ratificada y que no me mezclara más en esos asuntos.

Salí casi avergonzado y arrepentido, pensando que mi buena intención había sido interpretada como una oficiosidad que a él siempre desagradaba.

A las 7 de la noche del propio día me llamó a su domicilio para pedirme excusas y darme muestras de gratitud. Se le había aceptado la renuncia, que nunca presentó. Estaba pálido de indignación, no tanto por la venganza mezquina del funcionario norteamericano, como por la deslealtad y el engaño de que había sido objeto.

Guiteras, que desde años atrás venía sufriendo con resignación admirable los duros embates de un destino adverso, que con ecuanimidad sublime soportó el rudo golpe de ver morir a su única hija Milagros, cuando le prometía los encantos de ser abuelo, arrebatada por la influenza, enfermedad que victoriosamente combatía en 1919, que vio durante largos años, a su amada esposa postrada, víctima de cruel enfermedad, abatido, decepcionado y profundamente herido en su dignidad, quizás pensando como aquella otra víctima de la ingratitud, don Tomás Estrada Palma, que en Cuba no había ciudadanos, determinó retirarse definitivamente y como expresó bellamente López del Valle: "Enfermo del cuerpo y alma en el ocaso de su vida, regresó a su amada Matanzas, para residir en su finca "San Antonio", donde vivió rodeado de los encantos de la naturaleza, sus montañas y sus árboles, su San Agustín, aquel río que tanto lo atraía, que le recordaba los días felices de su infancia y donde se complacía en sumergirse cada día, como en las aguas del Leteo, para buscar el olvido a los infinitos pesares que oscurecían su alma".

Pocos días antes de pasar a la inmortalidad, recibió, sin embargo, el homenaje más espontáneo de afecto, admiración y respeto de todos los médicos cubanos, reunidos para designarle primer presidente de la Federación Médica de Cuba. En aquel grandioso acto, que quizás fue para el Maestro gota de miel que atenuara las amarguras de su calvario, pronunció la famosa alocución, último de sus trabajos, que consideramos hoy como su testamento espiritual. Refiriéndose a los gobiernos, recomienda a los compañeros establecer con ellos buenas relaciones "para contribuir a enderezarlo por los buenos derroteros, eliminando de la sanidad el predominio de la política". A las sociedades regionales "que gastasen menos en lujo y en la ostentación y más en el debido sostenimiento del personal idóneo, que haga aprovechable para la publicación y el uso de las ciencias, el enorme caudal de material clínico que allí se pierde, entre parques, jardines y columnatas".

La bibliografía de Guiteras es inmensa; abarca cerca de 200 trabajos científicos, la mayoría de importancia práctica extraordinaria. Era miembro de casi todas las sociedades y academias médicas de América y Europa y recibió infinidad de honores por ser considerado como uno de los más notables higienistas que han existido en el mundo.

Guiteras, como otros muchos grandes de las ciencias, buscaba reposo mental en la literatura, satisfaciendo así su decidida afición por la poesía a la que consideraba como un evangelio de bondad y consuelo. Dominaba, además de nuestra lengua, el inglés, el francés, el italiano y el alemán, y en su biblioteca abundaban las obras clásicas de los grandes poetas y literatos, en estos idiomas.

Visitando con un grupo de compañeros, la celda donde estuvo preso el infortunado Plácido, después de recitar la triste plegaria del poeta, dijo: "Todos los cubanos debemos de pensar en Plácido. Piensen en Plácido".

Guiteras nos dejó para siempre en 28 de octubre de 1925; los que tuvieron la suerte de conocerlo, podrán apreciar cuán pálido resulta este elogio para sus merecimientos y cuán digno y provechoso sería seguir los consejos que nos legó y su ejemplo.



*Dr. Raimundo G. Menocal 3 de junio 1856 — 1 de agosto 1917*